

da por los mismos calvinistas. Estos alaban á Beza como escritor atildado y elegante; pero, en cuanto á sus costumbres, lo presentan como uno de los hombres mas malvados de su tiempo: libertino, impío y profanador de las cosas mas santas, se burla de ellas con bufonadas, propias solamente de un ateo; cruel y sanguinario, se halla dispuesto siempre á inspirar los mas negros y execrables atentados; impudente y disoluto, se halla sumergido en el cieno de las mas degradantes pasiones, como aparece de sus *Juvenilia*, y principalmente de aquel epígrama en que, aludiendo á su favorita Cándida y á su amante, tiene el cinismo, no solo de acusarse, sino hasta de jactarse del mas abominable delito.

Para eludir las pesquisas del Parlamento y sustraerse á la hoguera, vendió el priorato de que se hallaba investido, y otro pequeño beneficio que poseia por resignacion de su tío Nicolás Beza, y huyó á Ginebra en compañía de su Cándida, que no era otra que una mujer de un sastre de París, llamada Cláudia, y que, reducida por Beza, se casó con él viviendo todavía su esposo.

De este modo dió principio á su reforma: con un adulterio permanente, que le hacia

digno de muerte, segun todas las leyes divinas y humanas (1).

Con poco que se diga de Melancthon habremos hecho su retrato. Luterano primero, zuingliano despues y mas tarde calvinista; perplejo y vacilante en el exterior, pero incrédulo siempre en su corazon, no se conoia vulgarmente sino con el mote de *Veleta de la Alemania*. A causa de esta perpétua inconstancia le reusaron sus mismos partidarios los honores de los funerales, y se le aplicó con mucha oportunidad este verso: *Nunc me Ponthus habet, jactantque in littora vente* (2).

§ V

Retrato que los corifeos de la Reforma hacen de sus propios ministros.

Veamos cómo los corifeos de la Reforma pintan á sus ministros.

«La plaga mas deplorable, escribe Calvino, es la de los mismos pastores, que se pre-

(1) Bolsec, *Vit. Theod. Beza.*

(2) *Le Ministre ecc.*, fól. 191.

«sentan en la cátedra como los mas vergonzosos ejemplos de perversidad y de todo género de vicios. De aquí resulta que sus sermones no tienen otro crédito ni otra autoridad que las fábulas representadas por un «histrion. Y, á pesar de tan escandalosa conducta, ¿se atreven estos miserables á quejarse de ser objeto de desprecio y de irrisión? «Por mi parte, me admiro de que las mujeres y los muchachos no los cubran de fango «y de inmundicias *.»

Lutero dice en sus conversaciones de sobremesa, que casi todos sus discípulos viven á lo epicúreo, que no predicán otra cosa que los desatinos de sus extraviados cerebros, y que no piensan sino en las orgías. «Entre los papistas no hay viciosos, puercos «y monstruos tan grandes: suprimen del Evangelio todo lo que les parece; no tienen escrúpulo de conculcar la voluntad de Dios, «y mucho menos de vomitar las mas atroces «blasfemias. Son unos holgazanes, llenos de «orgullo, y mucho mas avaros que cuando «eran papistas.»

«A tal punto ha llegado el desórden, que

* *De escand.*, et in serm. 10, e 30 in epist. ad Ephes, 23.

«si alguno tuviese el capricho de ver reunida á una multitud de bribones, de usureros, «de disolutos, de rebeldes y de gente de mala fe, no tendria mas que venir á una de estas ciudades que se llaman evangélicas y encontraria en abundancia hombres de este «jæz.»

«Yo no creo que entre los paganos, hebreos, turcos y demás infieles pueda encontrarse gente tan obstinada y arrogante, gente que haya perdido todo sentimiento de honestidad y de virtud, y que con tanta desocupacion mire el pecado. No vereis enmienda alguna en sus costumbres; antes por el contrario, llevan una vida epicúrea y semejante á la de las bestias. Para ellos no hay otra limosna que la opresion y el despojo de los pobres, ni otra humildad que el orgullo y la insolencia, ni otra oracion que «la blasfemia *.»

Jacobo Rousseau tiene la franqueza de hacer la siguiente pintura de los ministros ginebrinos: «Se les pregunta, dice, si Jesucristo es Dios, y no saben responder; se les pregunta cuáles son los misterios que admiten,

* *Luther.*, in colloq., pág. 234.

«y tambien lo ignoran. ¿A qué cosa, pues, responderán? ¿Cuáles serán los artículos fundamentales de su creencia? Un filósofo les examina detenidamente: les ve arrianos y socinianos, y cree dispensarles honor con semejante apreciacion.

«Espantados y confusos, no saben qué partido adoptar, y despues de largas consultas, deliberaciones y conferencias, todo viene á terminar en oscura palabrería, en la cual no se dice ni sí ni no, y de la que no se puede sacar otra cosa que lo que se saca de las arengas de Rabelais.»

«¿No es acaso bastante clara la doctrina ortodoxa? ¿No se halla en manos bien seguras? En verdad que vuestros ministros son una gente singularísima: nunca se sabe lo que creen; su única manera de establecer su fe es negar la de los demás*.»

Tal es el cuadro que de los corifeos de la Reforma del siglo XVI nos ofrecen los reformadores y sus discípulos. De propósito no hemos querido añadir cosa alguna de nuestra parte, para que no se nos pueda acusar de haber recargado las tintas; antes por el

* *Second. Lett. de la montagne.*

contrario, hemos tenido especial cuidado de no aducir testimonios de los historiadores posteriores, ni de los católicos que se han ocupado de los hechos de aquellos tiempos, tales como Audin, Dœllinger, Nicolás y otros muchos.

No hay, pues, motivo para quejarse de que aparezca con tan vivos colores el cuadro referente al origen de la Reforma, ó, mejor dicho, de la obra del orgullo y del libertinaje. Estos pretendidos reformadores, dominados de las pasionas mas viles, procuraron en un principio asociar á su obra á hombres semejantes á ellos, y despues, en lugar de refrenar la licencia, la promovieron y dilataron. Sacaron sus primeros prosélitos de los conventos ó monasterios, ofreciéndoles apagar el fuego de la sensualidad por medio de matrimonios sacrílegos é incestuosos. Hicieron un llamamiento á todos esos hombres, que, hez de la mas abyecta plebe, abundan en las masas populares, y que, ociosos, entregados á toda clase de crímenes y disolutos, se hallan siempre dispuestos á tomar parte en las sediciones, y para mas halagarles les prometieron una parte del despojo de la Iglesia.

Inundaron el mundo de libelos satíricos

y calumniosos con objeto de desacreditar á todo el órden eclesiástico. Sedujeron á no pocos príncipes con el pretexto de sustraerles á la supuesta tiranía pontificia, y de enriquecer sus Estados con los bienes eclesiásticos. Valiéndose de la fuerza de las turbas, y de la influencia de los poderosos, movieron por todas partes sediciones y tumultos. Penetraban violentamente en los claústros sagrados, arrojaban á mano armada á sus pacíficos moradores, y se dividian el botin que encontraban.

De los claústros pasaban á las parroquias y á las catedrales, de las que se apoderaban, lanzando de sus puestos á los párrocos y á los cabildos. Por todas partes se extendian á manera de vasto incendio, sembrando la desolacion y el espanto. Los mismos príncipes, atemorizados y seducidos por los novadores, les prestaban toda clase de auxilios, dictando en su favor leyes y edictos, y lanzando por la fuerza á los sacerdotes católicos de sus puestos para que los ocupasen los nuevos predicadores.

Y ¡desgraciado el pueblo que se atreviese á oponer la mas leve resistencia á tan arbitraria tiranía! El destierro, la confiscacion de

los bienes y la cárcel estaban siempre dispuestos para castigar la mas pequeña oposicion.

Finalmente, bastaba un edicto general para que quedase abolido el culto católico y sustituido por la religion del nuevo Evangelio, descubierta al cabo de quince siglos por los grandes hombres á quienes hemos visto retratados al natural por sus mismos contemporáneos y adictos. Tal es, en resúmen, la historia del origen del Protestantismo y de los que lo introdujeron en el mundo.

§ IV

Reflexiones acerca del carácter moral y religioso de los autores y cooperadores de la Reforma protestante.

Permítasenos, antes de terminar este capítulo, hacer algunas preguntas á los que todavía siguen defendiendo el Protestantismo.

¿Qué juicio debe formarse de estos hombres que se arrogan la pomposa mision y se dan el glorioso título de reformadores? ¿Es creible que Dios escogiese como instrumento para reformar el mundo á hombres de esta clase? ¿Es posible que en unas almas tan de-